

El relato de viajes de Odorico de Pordenone

EUGENIA POPEANGA

INTRODUCCIÓN

En el siglo XIV, después del enorme éxito cosechado por el relato de Marco Polo, en Europa Occidental aparecen dos libros de viajes que corren la misma suerte. Se trata del famoso *Libro de las Maravillas*, de Juan de Mandevilla y de la narración de sus viajes a Oriente que deja Fray Odorico de Pordenone. No son éstos los únicos textos que cuentan sobre tierras lejanas y desconocidas y sus maravillas, allí encontradas. La *Flor de Historias de Oriente* del Príncipe armenio, Hayton, circula también en la época y conoce numerosas e inmediatas traducciones al francés, al catalán y al aragonés. Pero mientras que la *Flor* aparece como un libro concebido con una clara intencionalidad política, un libro que hace determinadas concesiones al gusto del público por lo exótico, pero cuyo contenido es una manifiesta incitación a la Cruzada, los relatos antes aludidos se escriben, el de Odorico, para informar y deleitar, el de Mandevilla pura y simplemente para producir placer, para divertir a un público ávido de noticias extravagantes. En la misma línea están los «Mirabilia» de Jourdain de Séverac y, de alguna manera, el *Libro del Conocimiento de todos los reinos*. Asistimos pues, a un importante cambio de mentalidad, tanto en lo que se refiere a los autores o supuestos autores de viajes como en cuanto al destinatario de este tipo de «historias».

Un siglo antes el discurso de los libros de viajes o de las descripciones de los más importantes lugares de peregrinación se formalizaba, principalmente en latín. Entre muchos ejemplos mencionamos la famosa *Historia Hierosolomitana*,

de Jacques de Vitry que pretende describir con todo detalle histórico-geográfico Tierra Santa; su incursión va más allá de la mera cita de monumentos, puesto que aparte del relato de la vida de Mahoma, de las guerras entre sarracenos y cruzados y de la organización civil, militar y religiosa de la zona, nos presenta un cuadro de las «maravillas» de Oriente, una mezcla de lapidario y bestiarario con elementos de la tradición de los viajes y conquistas de Alejandro Magno. En la introducción a la edición de la traducción de la *Historia Orientalis* comenta Cl. Buridant: «Tout autant qu'une histoire abrégée des croisades, l'*Historia Orientalis* est donc un total guide historico-géographique de la Terre Sainte, peu éloigné des Itinéraires et Pèlerinages à Jerusalem; l'ecclésiastique fervent qui l'a écrit a voulu mettre à disposition de ces contemporaines une somme réunissant et condensant les matériaux les plus divers vivifiés d'observations et d'enquêtes personnelles et alimentant la réflexion morale et la thématique parénétiq» (1986, 13). Sin embargo, Jacques de Vitry incorpora a su relato, en principio una simple descripción de Tierra Santa una «historia» de cruzados y una especie de catálogo de las religiones practicadas en la Tierra de Promisión. Muchos viajeros siguen el «modelo» de la organización de la materia hallado en la *Historia Orientalis* para concebir sus propios itinerarios y relatos de viajes a Jerusalén; muchas veces las descripciones de Tierra Santa nos aparecen como monumentos de erudición para la época, como en el caso de Thietmar de Mersenbourg, el de Boldensele, el de Nicolas de Martoni, Burchard de Monte-Sion, etc. En la línea de los itinerarios-guías de viajes, que incitan a la cruzada, aparte de la Flor de Hayton, a comienzos del siglo XIV aparece el *Tractatus de Statu Sarracenorum* de Guillaume de Tripoli y, sobre todo, *Secreto Fidelium Crucis* de Marinus Sanutus. Las crónicas de las Cruzadas están a caballo entre el discurso histórico y el relato de viajes. En la *Gesta Francorum qui ceperunt Jerusalem*, el relato se organiza con arreglo a las etapas de un viaje; otro tanto ocurre en las crónicas de la conquista de Constantinopla de Robert de Clari y Geoffroy de Villehardouin. Comenta Jean Richard en *Les récits de voyages et de pèlerinages*: «Tres proche de la narration historique dont il ne diffère souvent ni par l'objet ni par la méthode, le récit d'une expédition lointaine prend cependant une allure particulière lorsque l'auteur prend soin de noter les caractères exotiques du pays et des hommes que l'expédition rencontre sur son chemin» (1981, 25).

Vemos, pues, que la literatura de viajes se desarrolla sobre varios modelos que en la práctica de la escritura se pueden cruzar o incluso, a la hora de la realización de una recopilación, se mezclan a voluntad del nuevo autor del relato.

En primer lugar, se presenta el modelo ofrecido por Jacques de Vitry y sus seguidores, modelo derivado de los itinerarios y guías de peregrinación de la alta Edad Media y enriquecido con los detalles históricos propios de la época.

En segundo lugar, se encuentra el modelo del relato histórico que cuenta acontecimientos desarrollados en el transcurso de un viaje. Aparte de las crónicas mencionadas, añadiremos la de Ramon de Muntaner, *Le Canarien*, la *Crónica de Zurara* sobre la conquista de Guinea, incluso las crónicas de la época de los grandes descubrimientos.

En tercer lugar, se hallan los itinerarios y diarios de viajes, relatos escritos en primera persona que pretenden simultanear el tiempo de la narración con el tiempo de la escritura y que, de hecho, constituyen los libros de viajes que permitirán y facilitarán el paso de un género tradicional-medieval hacia el mundo moderno. Se trata evidentemente de obras de autor, donde se procura insertar la descripción en la sucesión espacio-temporal de la narración. El ejemplo más interesante es el del franciscano de origen flamenco Guillermo de Rubruck con su *Itinerario* a la tierra de los mongoles.

Finalmente, tenemos el modelo del «mundo de las maravillas» que aparece en determinados relatos de viajes, cuyo interés se centra en la acumulación de cuadros de maravillas con el consiguiente abandono del dato histórico o geográfico de carácter informativo. Este último tipo de relato puede ser el resultado, la textualización de un viaje real como en el caso de Odorico, del de Jourdain Cathala, etc., o, puede ser la recreación, sobre el modelo virtual, de un viaje imaginario.

En el trabajo anterior titulado «Realidad y fantasía en los libros de viajes medievales» distinguíamos entre el modelo enciclopédico, el modelo lineal y el modelo mixto; este último combina elementos del itinerario en primera persona con descripciones de cuadros espacio-temporales, reales o literarios. El *Libro de Marco Polo* podría considerarse un buen ejemplo de realización del modelo mixto, ya que indica en ciernes los cambios que se operan en el siglo XIV y XV acerca del funcionamiento de los modelos mencionados. Notamos cada vez más la tendencia a confeccionar un libro de viajes real o imaginario sobre el armazón de modelos o estructuras existentes, con una apreciable inclinación hacia el «mundo de las maravillas». No es de extrañar que consideremos, pues, el relato de Fray Odorico como una narración que parte, inicialmente, de la estructura lineal del itinerario-diario de viajes, para convertirse, después de múltiples manipulaciones, en un libro de viajes centrado en torno a dos unidades culturales: el milagro y la maravilla.

EL LIBRO LLAMADO ULTRAMARINO

El texto castellano que nos interesa aquí se encuentra insertado en la parte segunda de un libro o tratado que se conoce como el *Libro Ultramarino* (ms. 3013

de la B. N., Madrid). El autor, de hecho el traductor, realiza la operación de interpolación de un relato de viajes dentro de la traducción de la *Historia Orientalis* de J. de Vitry, lo que indica la aparición de una nueva estructura muy parecida a la del *Libro de las Maravillas* de Mandevilla. Se trata de representarnos un modelo enciclopédico que comprende la «descripción del mundo» (Tierra Santa) asociado a un modelo mixto en su fase degenerativa (el relato de Odorico). El resultado puede ser, sobre todo en el siglo XV, una compilación en que se incorporan varios textos, de una forma directa o elaborados según el gusto y la época del compilador.

El *Libro llamado Ultramarino* es un códice del siglo XV, cuya materia está organizada en siete libros o tratados. En el primer libro «se dira de la tierra de promision y de otras algunas cosas de las cuales fabla la escriptura en que y cuales çibdades, villas y otros lugares están situadas. En el segundo libro, o tractado sera dicho de que cosas y maravillas avien seydo especialmente condicionadas. En el tercero, sera dicho de cuales gentes pecadoras e infieles ayan seido ocupada. En el cuarto será dicho de cuales cristianos fieles aya seido por la divina ayuda ganada. En el quinto se dira por cuales religiosos fue entonçes la devoción de los fieles prolongada. En el sexto se dira en que manera por pecados es agora perdida y a los moros sojudgada. En el septimo sera dicha de los griegos y de la otras personas divinas o apartadas de la yglesia, una disputaçion finalmente ayuntada» (fol. 1r.-2r.).

Lo que diferencia el *Libro llamado Ultramarino* de las compilaciones de la época es quizá la instancia de la interpolación del relato de viajes de Odorico en el segundo «Tratado» (fol. 100v.-131r.), interpolación realizada no por apropiación directa del texto sino indicando que se trata de una narración de autor: «Aun en las orientales partes ay otras muchas cosas que de maravillar son ansy de las gentes como de los ritos o traheres suyas y de las industrias y criamientos que fazen de las cuales recuenta frey Odorico de Foro Jullio...» Por lo tanto, el autor-traductor nos presenta este relato de viajes en tercera persona cuidándose de cambiar todos los elementos gramaticales relacionados con la primera persona del relato original en latín. Aparentemente, el *Libro llamado Ultramarino* tiene mucho que ver con el *Libro de las maravillas*, de Juan de Mandevilla, que conoce una traducción del francés al aragonés conservada también en un códice del siglo XV. Incluso a primera vista, se podría creer que se trata de dos versiones del mismo texto, una traducción del «vulgar», otra del latín. Opinamos que, tanto nuestro «tratado» como el *Libro* de Mandevilla tienen un modelo común: el modelo enciclopédico combinado con el modelo mixto; mientras que, el *Libro de las Maravillas* usa la primera persona dando a entender que el autor es el protagonista de las aventuras contadas, el *Libro llamado Ultramarino*, obra, con

toda seguridad, de un clérigo mantiene cierto carácter de traducción, lo que indica que el traductor era consciente de su labor de adaptador apegado a la palabra de las autoridades y a las fuentes clásicas. Sin embargo, a pesar de ser una traducción de la *Historia Orientalis*, el nombre de Jacques de Vitry no aparece en ningún momento; es posible que su obra haya circulado de una forma casi anónima, integrada en el patrimonio de las descripciones de Tierra Santa, muchas ya en la época. El caso del relato de Odorico parece ser distinto, lo que quizá nos sugiera que la fecha propuesta por Amador de los Ríos, esto es, 1360 (*Historia Crítica de la Literatura Española*, t. V, p. 274, n. 2) podría ser, hasta cierto punto, cierta. Sin embargo, el historiador de la literatura relaciona el libro de viajes más bien con el de Marco Polo y con el *Itinerarium Syriacum* de Petrarca, lo que demuestra no conocer su contenido de forma directa. El traductor no se «atreve» a incorporar el libro de viajes de Odorico sin mencionar el nombre del autor (lo que hace sin demasiadas complicaciones con J. de Vitry, por ignorancia o por costumbre) lo que podría ser un argumento a favor de la proximidad relativa de la aparición y circulación del relato del fraile de Pordenone con respecto a la confección del *Libro llamado Ultramarino*. Estas afirmaciones se pueden relacionar también con la insistente petición que hace Juan I como infante, al Vizconde de Roda, para que le mandase copias del relato de Fray Odorico: «Lo primogenit. Vescomte: (se trata del Vizconde de Roda, Ramon de Perellòs, otro gran aficionado a este tipo de literatura y autor, de una 'guía de peregrinación') pregam vos que per qualque persona de be nos trametas lo libre de frare Odorich...». Los documentos publicados por Rubió i Lluch indican que existen cuatro cartas escritas por Don Joan, Infante de Aragón (futuro Joan I), pidiendo el texto del relato de Odorico. La primera, fechada en Valencia a 17 de Julio de 1374, la segunda (antes citada) el 20 de Marzo de 1378 en Zaragoza, la tercera del 18 de Mayo de 1378, en que da las gracias por haber recibido el libro, y finalmente, la de 1382, en que pide otra copia del mismo relato. Casi con toda seguridad, una de estas copias, en latín, es la que constituye el texto abreviado de la «relatio», contenido en el ms. 490 de la Biblioteca de Cataluña (descrito por P. Bohigas en el «Butlletí de la Biblioteca de Cataluña», 1923). En este códice hay varios textos relacionados con las tierras de Oriente; se encuentra nuestro relato, una descripción de las tierras de la India y sus maravillas, a modo de «cosmografía» medieval y la *Flor de las Historias* de Hayton, entre otros. Entre el manuscrito 3013 y el 490, en lo que se refiere a libros de viajes, no hallamos una relación directa. El traductor se ha servido de otra copia, puesto que incluye secuencias y detalles que, en el texto conservado en Cataluña, no aparecen.

Sin lugar a dudas, es importante señalar la existencia de estas dos versiones del relato de Odorico de Pordenone, las dos hasta hoy inéditas.

En cuanto a la composición general del *Libro llamado Ultramarino*, creemos encontrarnos ante una compilación que pretende tener tanto un carácter informativo como un carácter incitatorio a una nueva Cruzada, lo mismo que la *Flor de Hayton* o el *Liber recuperationis* de Fray Fidentio de Padua o el de Marino Sanado. A diferencia de los dos tratados casi «técnicos» salidos de la pluma de estos frailes, encarnizados defensores de la idea de la recuperación de los santos lugares, nuestro traductor procura adornar su libro con un capítulo que comprende una serie de elementos propios para la confección de un «mundo de las maravillas». Se sirve para ello, en primer lugar, de los correspondientes capítulos de la *Historia Orientalis*, identificados desde hace más de un siglo, por Morel-Fatio («Le livre II consacré aux merveilles de la Terre Sainte, contient, entre autres, les ch. 84 à 90 de Jacques de Vitry»). También de los comentarios de Plinio y Solino, fuentes autorizadas en la época y del juicio de la autoridad representada por San Isidoro: «De la oriental India muchas maravillosas cosas dizen Plinio y Isidro ca dizen ser farta de todas las cosas y llena de piedras preciosas y de hehephantes...» (fol. 131r.). Más adelante, después de haber hecho el recuento de los seres maravillosos que habitan en las «orientales partes» da de nuevo sus fuentes: «... son sacadas de las Istorias de Oriente y de Mappamundi y en parte de las scripturas de Sant Geronimo y de Sant Ysidro y de Sant Agustin y del Libro de Plinio y de Solino y Ysyrio, a fuer de la Hordenaçion de la Istorias». Esta última indicación podría interpretarse como una referencia a la *Historia Orientalis* pero no hay ningún otro signo que corrobore nuestra afirmación.

Antes de pasar a investigar el texto de Odorico, apuntamos que existe otra traducción de la *Historia Orientalis*, anterior a la nuestra; se encuentra en el ms. 684 de la B. N. (fols. 111-201), y contiene una tabla de materias que ayuda a identificar los capítulos de la versión original en latín; se titula *De la Conquesta de la Terra Santa de Ultramar*; existe otra copia de las dos traducciones en el ms. 7801 y ms. 8173. Las dos versiones castellanas (ms. 684 B. N. y ms. 3013 B. N.), a pesar de ser traducciones del latín del mismo texto, difieren notablemente entre sí.

Toda esta investigación indica la entrada en la Península de forma directa de un modelo enciclopédico, el modelo de la «descripción del mundo», en este caso de Tierra Santa, ampliado desde el principio por el propio prelado francés con una serie de elementos exóticos y maravillosos. Este tipo de relato a pesar de tener un público restringido (se supone para el uso de reyes y gente de la corte) ayuda a la circulación de una serie de motivos que configuran un espacio mítico-fabuloso. La traducción del *Libro de Marco Polo* no contribuye a aumentar el peso de este espacio dentro del ámbito cultural peninsular, puesto que el relato del veneciano es más bien parco en el recuento de las maravillas. Lo mismo ocurre con el de Hayton, hecho compensado por el *Libro de las Maravillas*, de

Mandevilla. La vía de entrada comprobada, por lo menos para algunos de los textos citados, es la escuela de copistas y traductores que mantenía el aragonés Juan Fernández de Heredia, Gran Maestre de la Orden del Hospital, en Avignon. Se sabe con certeza que de allí procedían varios libros de viajes, recogidos en el ms. ZI.2 de la Biblioteca del Escorial: el *Libro de Marco Polo* y la *Flor de Historias* de Hayton. Algunos estudiosos han entendido que el *Libro llamado Ultramarino* podía tener la misma procedencia, idea rechazada vehementemente por Morel-Fatio que opone el aragonés de todos los escritos atribuidos a Fernández de Heredia, al castellano del manuscrito 3013. Asimismo, indica que en éste falta cualquier indicio emblemático de procedencia que aparece en los demás manuscritos. Sin embargo, hay que decir que Morel-Fatio no conoció directamente el manuscrito; consideramos que las condiciones en que se nos presenta bien pueden permitir que se hable de ello como de una copia sin terminar. Falta prácticamente todo el último «tratado». Hay huecos para las iniciales e incluso en el texto mismo se notan los espacios vacíos que deja el traductor quizá con la intención de volver a revisar su trabajo después de acabar. No sabemos si el manuscrito que tenemos entre manos no es más que la copia de otra versión parecida en lo que se refiere a las características formales a los demás textos que provienen de la Escuela del Gran Maestre. Que sea el castellano y no el aragonés la lengua del traductor tampoco es de extrañar. Es de suponer que en Avignon, en la corte Papal había traductores de distintas partes de la Península; no nos sorprendería encontrar en algún momento una versión catalana o aragonesa del relato de viajes de Odorico, teniendo en cuenta la gran circulación del texto en la época.

MONJES Y MERCADERES. SUS RELATOS DE VIAJES

Fray Odorico de Pordenone es un nombre más en una larga lista de frailes que armados de un admirable valor toman el camino de Asia preparados para enfrentarse a cualquier adversidad para llevar a cabo su misión. Algunos vuelven y cuentan sus aventuras, lo que constituye para nosotros en este momento un material inestimable, un testimonio directo de sus vivencias y de sus viajes. Estos escritos confeccionados, en un principio, con el único fin de facilitar información de primera mano acerca de una serie de pueblos lejanos que constituían una amenaza para el mundo occidental, se convierten con el tiempo, por sus características literarias en una lectura apasionante. En la mayoría de los casos, los frailes cuentan sus experiencias al volver a casa y, si se llegan a textualizar sus aventuras, el hecho se debe a las instancias de un Papa, de un Rey o de un

Superior que desea tener un documento escrito en la mayoría de los casos en latín. Sus relatos circulan oralmente, en ocasiones, bastante tiempo después de la vuelta. En 1245 un tal Fray Domingo d' Aragona era Legado Papal en Constantinopla y en el Oriente; se le supone la misma persona que Fray Domingo Suárez, que llega a ser Obispo de Avila en 1263. No sabemos si ha dejado o no algún relato. En cambio, el viaje que emprende Fray Juan de Plancarpinus, enviado del Papa, a las tierras de los tártaros es bien conocido. Su *Itinerario* llega a ser incluido en el *Speculum Historiale* de Vincent de Beauvais, gozando de esta forma de una circulación y difusión bastante más amplias que la que hubiera podido tener un informe técnico sobre la vida, costumbre, tradiciones, religión de los tártaros. Por las mismas fechas, en 1245, aparece un tal Fray Lorenzo de Portugal, «Nuncio de los tártaros», después Legado del Papa en España, y en 1266 Obispo de Ceuta. No sabemos si ha dejado algún testimonio de su estancia en las tierras lejanas de Oriente. Entre 1253 y 1255 emprende Fray Guillermo de Rubruck su viaje a Asia. Va como enviado secreto del Rey Luis de Francia, que pretende activar una alianza con los tártaros en contra de los sarracenos. Fray Guillermo viaja, pues, con una misión de naturaleza política; sin embargo, por su condición de religioso tiene siempre presente su misión evangelizadora y misionera. Su *Itinerario*, uno de los más logrados libros de viajes de la Edad Media, se inscribe entre los que tienen como modelo el secuencial-lineal; pero supera las estructuras virtuales debido al gran talento del narrador, al humor y al espíritu de observación del fraile flamenco. Recordemos también a Giovanni de Montecorvino, autor de interesantes cartas mandadas a sus superiores desde Asia, a Fray Juan o a Hayton II de Armenia, un activo personaje político que coge los hábitos y, desde un monasterio de Francia, incita a la Cristiandad a emprender una nueva cruzada; es el autor de la *Flor de las Historias de Oriente*, libro enciclopédico que contiene descripciones de tipo histórico y geográfico de las cosas de la India, Ceylán, de los tártaros y los chinos. No es, ni está considerado, un libro de viajes; se trata de un texto que invita al viaje, un texto que alimenta la curiosidad del mundo occidental que considera a su autor como una gran autoridad en la materia, puesto que, por un lado, era un príncipe armenio, por otro lado un clérigo. Asistimos, a finales del siglo XIII, a la aparición del *Divisement dou Monde, Il Milione* de Marco Polo, itinerario y descripción de tierras lejanas, libro de viajes reales y de maravillas, libro que tiende más bien a desmitificar determinadas creencias y mitos tejidos alrededor de las «orientales partes», acorde, en esto, con los relatos de Juan de Plancarpinus y Guillermo de Rubruck. El viajero veneciano cuenta sus aventuras y experiencias poniendo énfasis en el detalle concreto, de utilidad para el mercader. Su «intérprete», Rustichello de Pisa, textualiza el discurso de Marco Polo, su «historia» en un libro que comprende todos los ingredientes literarios de

la época, los propios de los libros de viajes y otros, de su cosecha personal, de adaptador de novelas de caballería. Tenemos, pues, un libro en que prevalece el modelo enciclopédico sobre el lineal-secuencial, sin anularlo del todo, relato de tipo mixto que mantiene en toda su extensión un tono realista, dentro de los límites perfilados en la *imago mundi* del hombre medieval. El éxito del *Libro* de Marco Polo es enorme y la cantidad de manuscritos conservados es comparable sólo con la de los de Odorico de Pordenone y del *Libro de las Maravillas* de Juan de Mandevilla.

Señalamos ya, en los comienzos del siglo XIV, un cambio de mentalidad general en el sistema cultural medieval; este hecho convierte los libros de viajes que en el siglo anterior funcionaban sobre todo como discursos informativos, en unos textos destinados a informar pero a la vez a divertir. Pierden su carácter secreto, de informes de misiones especiales, proliferan como género literario destinado a la lectura de un público restringido curioso y ávido, tanto de conocer descripciones de tierras y sitios desconocidos como de la evasión hacia un mundo «maravilloso» comparable con el del *roman*. La aventura de descubrimiento pierde su carácter de experiencia personal peligrosa; se descarta el itinerario que da fe de la realización de un viaje real; asistimos a la aparición de compilaciones de libros que cuentan viajes reales, a la aparición de autores que fabrican un libro de viajes mediante el arte de combinar varios textos, técnica de naturaleza intertextual ampliamente desarrollada en la época. Surgen los libros de viajes imaginarios que siguen el modelo mixto, situados plenamente dentro del arte libresco medieval; se trata de libros que combinan la descripción de Tierra Santa, propia de los itinerarios y guías de peregrinación a Jerusalén o de las Historias Hierosolimitanas, con relatos de viajes a las tierras de los tártaros. A esto le añaden alguna versión de la famosa carta del Preste Juan, un apócrifo de enorme éxito y circulación en toda Europa, desde la primera mención en la Crónica de Otto de Frisinga, que indica como destinatario al Emperador de Constantinopla, Manuel Comneno. Al autor del relato confeccionado de esta guisa no le importan los saltos espaciales o temporales. Su afán consiste en reunir cuantas más cosas maravillosas o milagrosas pueda, satisfacer con ello la necesidad de su público de evadirse a otros espacios aceptados como reales y poblados de los seres más extraordinarios. Con este tipo de textos se creaban y se mantenían mitos como el del Preste Juan, desacreditado por los sobrios comentarios de Plancarpinus, Rubruck o Marco Polo, el mito del Océano Índico, del «Mar Océano» considerado el espacio maravilloso por excelencia y el mito del Paraíso Terrenal.

Estas son las condiciones en que aparece y circula el relato de viajes de Fray Odorico, relato que se da a conocer a partir de 1330, fecha en que, a petición de su Superior, el Rev. Fray Guidotti, al parecer el fray Guillermo de Solagna recoge

y pone por escrito la narración de Odorico: «Ego frater Odoricus Boemus de foro Jullii provinciae sancti Antonii de cuidam terra quae dicitur Portus Manonis, de ordine fratrum minorum, testificor et testimonium perhibeo Reverendo Patri fratri Guidotto ministro autidictae provinciae sancti Antonii in Marchia Trevisina, cum ab eo fuerint per obedientiam requisitus quod haec omnia quae superius scripta sunt, aut propriis oculis vidi aut ab hominibus fide dignis audivi; communis etiam locutio illarum contratarum illa quae non vidi testatur esse vera. Multa etiam, alia ego dimisi quae scribi non feci, cum ipsa quasi incredibiliae apud aliquos viderentur nisi illa propriis oculis conspexissent.» (Yule) Esta nota final, atribuida al propio Odorico, que a continuación, en algunas versiones, menciona el nombre del recopilador del relato, aparece en las copias latinas que tienen como original la del Fray Guillermo de Solagna (Yule, Venni, Hakluyt). El manuscrito del relato de la Biblioteca de Cataluña contiene una nota final bastante diferente de las consultadas, puesto que incluye nuevos nombres de copistas sin hacer mención directa ni a Fray Guillermo de Solagna ni a Fray Enrique de Glatz, los dos primeros recopiladores. He aquí la mención del Cat.: «Hoc autem et multa alia contineuntur in libro quem scripsi frater prius Balbasii, que ego qui istud scripsi Broniabi propter dum scribendi et ponisit frater a principio frater de Dolongica.» Nuestro texto omite algunos de los elementos de esta inscripción final.

LA FIGURA DE FRAY ODORICO

Cotejando diversas versiones e investigando el material que a lo largo del tiempo se ha reunido sobre la figura de Fray Odorico intentaremos trazar su perfil humano. Por lo que se sabe, Fray Odorico nació en 1286 en la zona de Friuli; más exactamente, según varios estudiosos y según todas las versiones cotejadas en la localidad de Pordenone (Puerto de Manonis o Portu Narbonis según el ms. 3013 o el Cat.). Desde el punto de vista geográfico la zona de Friuli limita al sur con el Adriático, al oeste tenía como vecina a la República de Venecia, al norte limita con el Condado de Tirol y de Carintia y al este y sureste con el Ducado de Carniola. La zona está relacionada con Italia pero tiene sus vínculos históricos con Austria, que en el siglo XIV extiende su dominio sobre Carintia, Tirol y Carniola. Además, en el Friul hubo una directa intervención bohemia desde que Ulrich III Duque de Carintia, vendió en 1268 el Señorío de Pordenone a Otakar II, rey de Bohemia. En 1278 éste pierde el Condado de Pordenone que pasa a manos del Emperador Rodolfo que lo regala a su hijo Alberto. En 1318(?) cuando fray Odorico emprende su viaje, Pordenone era parte del feudo del Conde

de Porcia. Es difícil saber si Odorico era o no de origen italiano. Su nombre es germánico pero éste no es argumento suficiente para considerarlo como hacen algunos estudiosos, austriaco. Llama, en cambio, más la atención la mención «sicut praedictus frater Odoricus Boemus» que podría indicar el origen bohemio del fraile. Hay críticos que suponen que fuera de familia checa, gente de armas llevada por Otokar II de Bohemia a Pordenone para formar allí la guarnición. A pesar de la expresa mención del sitio de Pordenone como lugar de procedencia hay críticos que indican también la ciudad de Villanova. Por fin, mencionamos que en la zona de Friuli se ha desarrollado y se habla hasta hoy en día la lengua retorrománica, en su variante dialectal, el friulano que podría haber influido en la primera versión del relato. Esta suposición nos parece poco segura, dado que los documentos que tenemos son, probablemente, copias no fieles a la primera que hubiera podido recoger algún rasgo dialectal característico. La única huella, si es de atenernos a las hipótesis de algunos especialistas, se podría encontrar en la palabra «piña» que aparece en todas las versiones consultadas (Pellegrini propone un derivado de «pingua olla», recipiente para conservar o fabricar manteca o mantequilla, señalando la presencia de la forma «piña» o «péña» en un área bastante amplia desde Friuli, Ladinia, el Alto Véneto al Tretino, etc., con el significado de «vasija», «cuba», «tinaja». Se podría pensar que Odorico, para indicar una gran ánfora o vaso chino utilizó una palabra «vulgar» familiar.). Siguiendo los pocos datos que existen de la vida del fraile mencionamos que ingresó en la Orden de los franciscanos a los quince años de edad, en 1300. Leyendas posteriores en torno a su figura cuentan que llevó desde muy joven una vida de humildad, santidad y penitencia. También se le atribuyen algunos milagros tempranos. Empezó a viajar en 1316 o 1318 y su retorno a Italia, por lo que nos cuentan las narraciones, se realizó en 1330. Pocos meses después, en Enero de 1331, muere y es enterrado en el monasterio de Udine. Empieza a hacer milagros a los que aluden varios manuscritos y en mayo de 1332 su cuerpo es trasladado por el Patriarca Pagano della Torre al monumento que las autoridades de Udine habían encomendado a Filippo de Sancti de Venecia. Nuestro traductor recoge escuetamente: «cuyo cuerpo está sepultado en el convento de Udine y resplandece de muchos y grandes miraglos», mientras que el ms. Pal., por ejemplo, no hace ninguna mención de este tipo y el Marc. mantiene en la nota atribuida a Guillermo de Solagna la misma fórmula escueta de nuestro texto. Hay algunos manuscritos como el Hak. que añaden el nombre del notario Guatellus que testificó la autenticidad de los milagros que se producían en la tumba del fraile. La misma mención la contiene el Cat.: «ego Giletulus notarius filius domini Damiani de Portu Granacio...» Fray Odorico fue beatificado en 1775.

EL VIAJE DE ODORICO A ASIA

De estos pocos elementos referentes a su vida entendemos que el fraile de Pordenone pasó alrededor de doce años en Asia. Hay autores que indican también la posibilidad de una estancia en Tierra Santa y creemos que, sin lugar a dudas, Odorico conoció bien los Santos Lugares. Resultado de la estancia en aquellas tierras podría ser el Itinerario de viajes conservado en la Biblioteca de Estado de Berlín y publicado por J.C.M. Laurent. Bajo la inscripción conocida que atribuye la confección del texto a Fray Guillermo de Solagna nos encontramos con una descripción de Tierra Santa según los modelos de guías de peregrinación, que consta de sesenta y dos pequeños capítulos y finaliza con un relato sobre la vida y figura de Mahoma. Es el único manuscrito conocido que comprende una narración de estas características. Puede entenderse que Fray Odorico haya realizado una peregrinación y lo haya contado; es extraño que ninguna de las versiones que comprende su gran viaje a Asia no aluden siquiera a este itinerario, por lo demás esquemático y convencional. Según la mayoría de los investigadores, Fray Odorico partió de Padua en Abril de 1318, se dirigió primero a Constantinopla (hay versiones que mencionan este dato, otras como la nuestra no aluden a ello) y de allí va a Trebizonda, sede por aquel entonces del Imperio fundado por Alexis I Comneno, donde reinaba Alexis II; continúa por Armenia, Erzerum y las faldas del Monte Ararat y llega a Tauris, en Persia. Su relato, en su brevedad, nos indica estas etapas haciéndonos creer que el viaje fue continuado igual que el de Guillermo de Rubruck, que hace coincidir las distancias con la anotación del 'paso del tiempo. En el caso de Fray Odorico parece ser que se detuvo en varias partes de su viaje, sobre todo allí donde había asentamientos de frailes menores, como en Tabriz y Soldania. Bien es posible que entre tiempo, haya visitado también los Santos Lugares. Estamos dando paso a las suposiciones que explicarían de algún modo la existencia de la versión publicada por Laurent. Desde Soldania se dirige a Kashan, pasa por Persépolis, llega probablemente a Shiraz y, a través del Kurdistán, se dirige a Bagdad. Navega por el golfo Pérsico y en Ormuz se embarca hacia Tana de Salsetta, adonde llega poco después del martirio de los cuatro franciscanos: Nicolás de Tolentino, Jacobo de Padua, Pedro de Siena y Demetrio de Tifis, que se produjo entre el uno y el tres de Abril o entre el nueve y el once del mismo mes, del año 1321. Recoge los restos de los frailes y pretende transportarlos a China, hecho bastante arriesgado, debido a que en muchos navíos no aceptaban «equipajes» de este tipo por miedo a que los muertos obrasen desfavorablemente durante la travesía. El episodio del martirio y los milagros posteriores de los mártires está recogido con profusión de detalles en Civezza y Yule. Algunas versiones en «vulgar» abrevian la secuencia o la

omiten. Fray Odorico se dirige a Malabar, recalando en Pandorani, Cranganos y Kulani; prosigue hacia Ceylán, visita la tumba de Santo Tomás en Mailapur (Madrás), parte después por mar hacia Sumatra, toca varias partes de la isla de Java, tal vez el sur o el este de Borneo, Champa o Cantón. En China se detiene en varias ciudades. Navega (según algunas versiones) por el Gran Canal o Yang-Chau, de donde continúa hasta Cambaluc o Pekín. Allí, según su propio relato, permanece tres años en una residencia fundada con anterioridad por Juan de Montecorvino. El viaje de regreso lo emprende por tierra a través del Tíbet y, si es de creer lo que cuenta, alcanza la ciudad de Lhasa, siendo el primer occidental que llega hasta allí. El viaje de regreso se completa con el paso por Kabul, Jurasan, el sur del Mar Caspio, otra vez a Tabriz. Queda sin aclarar del todo la mención a Caolí. El P. Golubovich, junto con Civezza, Domenichelli y De Backer considera que por Caolí se debe entender Corea, a pesar de saberse que Odorico nunca estuvo allí. Cordier y Yule, a causa de la lección «montes Caspios» sitúan esta zona en el Cáucaso o sobre el río Volga. Desde allí busca la posibilidad de alcanzar Italia, probablemente por mar. El amplio recorrido de Fray Odorico se desarrolla en varias etapas con largos períodos de estancia en los sitios donde había misiones de la Orden. Fue acompañado durante todo este período por Fray Jacobo (de Hibernia), por Fray Bernardo quien por lo visto murió en China y por Fray Miguel de Venecia, cada uno en una época y etapas distintas. Empezar un viaje tan largo con los medios de desplazamiento tan precarios que había entonces y con los peligros que les acechaban a cada paso, suponía poseer un espíritu aventurero y una gran fortaleza física y moral. Así como en el caso de Juan de Plancarpinus y de Guillermo de Rubruck nos queda claro el sentido de sus viajes, en lo que se refiere a Fray Odorico, entendemos que su meta era puramente misionera, aunque es posible que su viaje hubiese tenido también otro contenido. Los textos consultados, apenas nos hablan de esto, por lo que entendemos que, o bien su misión era sumamente secreta, con lo cual tardó mucho en llevarla a cabo, o bien su viaje era simplemente un viaje de inspección y reconocimiento de las residencias que los frailes menores poseían en Asia. Hay investigadores que consideran el viaje de Odorico una «peregrinatio propter Christo», llevada a cabo con el bautizo de más de veinte mil paganos. No poseemos datos ciertos sobre su vuelta a Italia; se cree que tenía previsto encaminarse a Avignon para contar su viaje al Sumo Pontífice que, aparte de precisar información de primera mano de tipo eclesiástico, mantenía una corte interesada y curiosa de oír historias de maravillas; sin embargo, nuestras afirmaciones en este sentido, no pasan de ser meras conjeturas. Lo que se sabe con certeza es que Fray Odorico murió en Enero de 1331 y fue enterrado en Udine. El texto que dejó, el relato de su viaje, en la versión que fuere, es, en comparación

con los de Juan de Plancarpinus y Guillermo de Rubruck o Marco Polo, sumamente escueto; parece el resumen informativo de los lugares visitados, resumen que quizá hubiese necesitado la mano hábil de un «autor» como Rustichello que le pusiera el adorno literario correspondiente. Hay versiones como la del Ram. min. o la impresa de 1513 que destacan por la extravagancia del «arreglo» a que fueron sometidas. Nuestras versiones, tanto la en latín como la castellana pecan por su sobriedad; sin embargo, la última se beneficia de determinados comentarios del traductor que, algunas veces, le confieren un sabor especial.

MODELOS PARA UN RELATO DE VIAJES MEDIEVAL: EL MUNDO DE LAS MARAVILLAS

El estudio de las diversas traducciones de libros de viajes, tanto al castellano, como al francés y al italiano, nos muestra, de una forma concreta, cómo los traductores o adaptadores procuraban, a partir de un texto en latín, en ocasiones escueto, ampliar las dimensiones del relato, aumentando el espacio o el mundo de las maravillas. Esta tendencia se observa, sobre todo, después de la puesta en circulación del libro de Marco Polo, libro escrito directamente en «vulgar». Los textos en latín debían, por sus características, presentar las cosas dentro de unos límites de verosimilitud; además, en la mayoría de los casos, cumplían una función informativa y de índole referencial; en cambio, la literatura en «vulgar» se podía permitir, en cierta medida, el abandono del respeto a la «verdad», punto muy incidente en todos los viajeros que relatan sus aventuras. El traductor o el adaptador, como cualquier intérprete en la Edad Media, tenía capacidad para organizar el texto a su antojo y en función del gusto inmediato de su público. La idea de «verdad» que en Fray Odorico reviste la fórmula acostumbrada: «el qual por aquellas partes andovo y por sus propios ojos averlas el visto afirmo y juro en los Santos Evangelios» (fol. 100v.), a pesar de mantenerse única y exclusivamente como tópico tradicional; de hecho, desaparece de la mente del traductor. Este procura adornar el libro de viajes con episodios y elementos extravagantes y extraños con lo cual se llega a compilaciones del tipo *El Libro de las Maravillas* de Mandevilla que, a pesar de enlazar varios relatos de viajes identificables incluso en la época, se atribuye la autoría de la narración así como una ficticia primera persona. No es de extrañar, pues, que en los primeros impresos (la versión abreviada de Ramusio o la de de 1513) se amplíe la lista de maravillas, seres monstruosos, animales y plantas, como tampoco es nada extraño que nuestro traductor aproveche el paso de Fray Odorico por las tierras de Preste Juan para incluir una versión de la famosa carta apócrifa.

En el siglo XIII los relatos de viajes conocidos mantienen la idea de la verosimilitud intentando describir el mundo acorde con los modelos de las autoridades; los del XIV, bien en latín bien en una traducción casi simultánea a la elaboración inicial, pretenden crear un nuevo «modelo de mundo». En la estructuración de este modelo se identifican fuentes comunes a todos los libros de viajes medievales: Herodoto, Plinio, Solino, San Isidoro; a pesar de que en algunos momentos, viajeros inquietos y realistas como Fray Guillermo cuestionan determinadas afirmaciones de las autoridades, los más tardíos abrazan sus opiniones fervorosamente, aprovechando estas fuentes para dar ciertos visos de verosimilitud a las mayores «patrañas» del mundo. En esta época prolifera cierto gusto por la acumulación desmesurada de elementos exóticos, acumulación generadora, a veces, de fantasías grotescas. Los libros de viajes suelen abandonar el modelo de diario-itinerario; pero mantienen ciertos códigos a nivel puramente estructural, formal. A partir del modelo circular de tipo enciclopédico los relatos empiezan a construirse en base a la *secuencia* como elemento en sí; raras veces estas secuencias generan otras; los libros de viajes se pueden leer o conocer como si fuesen series de cuadros descriptivos independientes entre sí. Fray Odorico utiliza la medida del tiempo para producir la sensación de desplazamiento espacial; se trata, sin duda, de un elemento convencional de naturaleza sintáctica, un puro nexos. Encontramos el mismo caso en el *Libro del Conoscimiento* que, además, propone un recorrido geográfico-fantástico con importantes vacíos y saltos espacio-temporales. Hayton concibe un relato de tipo enciclopédico, mientras que Mandevilla combina el itinerario de peregrinación a Tierra Santa con el viaje de Odorico (que se atribuye a sí mismo) a las «orientales partes» y con diversas leyendas acerca del Preste Juan y su reino, del viejo de la montaña, etc. Jourdain Cathala de Séverac en sus *Maravillas de Asia*, enlaza débilmente los episodios con un recorrido de viaje. Tal y como lo indica el título, nos presenta episodios y secuencias construidas en torno a una o varias maravillas.

Asistimos pues, a la modificación de los esquemas de los libros de viajes en función del cambio en el gusto del público. Los itinerarios de Juan de Plancarpinus, de Guillermo de Rubruck o las cartas de Juan de Montecorvino se consideran documentos dirigidos a un público muy restringido y únicamente su inclusión en los grandes compendios enciclopédicos de la época, determina una más amplia circulación. Los textos posteriores, relatos de viajes o peregrinación escritos directamente o traducidos a algunas de las lenguas románicas, obedecen al gusto del público deseoso de oír novedades, acostumbrado a las aventuras de conquista e iniciación que, a pesar de tener, a veces, una fuente histórica documental, se textualizan en los moldes de los géneros literarios de ficción. Los libros de viajes del siglo XIV, especialmente el de Odorico, empiezan por ser una historia veraz

que el fraile cuenta a instancias de su superior; suponemos que los detalles de «maravillas y monstruos» que aparecen en el relato eran, en su opinión, totalmente reales. La brevedad del libro, la falta aparente de alguna misión secreta y con toda probabilidad la fama de sus milagros después de la muerte, convierten la «historia» en un texto muy copiado a petición de príncipes o reyes como es el caso de Joan I o para el deleite de un público cada vez más interesado en imaginar, aparte del mundo al revés, del mundo del más allá, el mundo de las maravillas, un mundo exótico y terrible, próximo a la imagen del Paraíso Terrenal. Odorico se convierte, a raíz de su muerte, en una autoridad y esta es la razón por la cual lo encontramos incorporado en el *Libro de las Maravillas* de Mandevilla. En la Edad Media, se detectan determinadas actividades de hipercodificación que afectan al texto, incluida la información del título, a veces, de carácter simbólico o emblemático. Asistimos, con el cambio de mentalidad, y tal vez, de código lingüístico, al cambio de título genérico. Los libros de viajes que antes se llamaban, en su gran mayoría, «itinerarium» o «historia», empiezan a denominarse «libros de las maravillas», lo que indica, desde el primer momento, que el público ya tiene formado un «horizonte de expectativas», sabe por lo tanto lo que puede esperar y lo que debe pedir de tales textos. A diferencia del itinerario de Guillermo de Rubruck que apenas conoce manipulaciones, puesto que es un relato unitario desde el punto de vista espacio-temporal y no admite interpolaciones, relatos como el de Marco Polo o el de Odorico permiten modificaciones en la estructura sintáctica, igual que un cuento folklórico. El *Libro de Marco Polo*, titulado también *Libro de las Maravillas*, contiene un itinerario y una descripción del mundo que, sólo en parte, se corresponde con la verdadera aventura del viajero veneciano. Los episodios dedicados a Africa son, en la opinión de todos los especialistas, un añadido, una concesión hecha al gusto literario del tiempo. Otro tanto ocurre con las «maravillas de Asia» de Jourdain de Séverac relato que contiene al final la descripción de la «Tercera India». El autor confiesa: «Ensuite je dirai de cette Inde troisième: qu'en vérité je n'ai pas vue, où je ne suis pas allé, cet que j'ai entendu digne de foi, de beaucoup de merveilles» (*Les Merveilles de l'Asie*, 1925, p. 85).

Dentro de este contexto, el libro de Fray Odorico aparece como un escrito de transición entre los anteriores itinerarios de viajes y los «libros de las maravillas». En primer lugar, es totalmente cierto el hecho de que realizó el viaje que cuenta; posiblemente haya visto todo lo que nos presenta; pero nosotros, sus lectores modernos, tenemos que tener presente la configuración de la imagen del mundo de Fray Odorico de Pordenone; se estaba forjando en la época un mundo lejano y totalmente exótico, mundo autenticado por la palabra de las autoridades en que, por su condición de religioso, creía a pies juntillas. Frente al *Itinerario* de

Guillermo de Rubruck donde la primera persona empleada por el protagonista opera como elemento aglutinador del relato, la primera persona manifiesta de Fray Odorico es un mero recurso retórico. Desde el comienzo del relato, momento en que el autor debe afirmar y testimoniar la veracidad de su «historia», según los cánones, hasta el final, apenas encontramos algún rastro de su auténtica personalidad. Guillermo de Rubruck procede a desvelar su misión secreta cautelosamente, pidiendo al lector que leyese entre líneas, puesto que, su *Itinerario* estaba destinado precisamente al Rey Luis de Francia, el mismo que le había encargado la empresa; así que el autor no tenía ninguna necesidad de ser más explícito. No sabemos si Fray Odorico llevaba algún encargo, alguna misión a Oriente, o emprende su viaje con intención puramente evangelizadora. Sea como fuese, su protagonismo es casi nulo; raras veces se manifiesta tomando postura ante determinadas costumbres; las palabras que se le atribuyen bien pueden ser auténticas, bien una adaptación del traductor o del copista que necesita infundir dramatismo a un relato más bien plano. A falta de un hilo conductor (ni de tipo temporal ni de tipo personal) tenemos, pues, una serie de cuadros descriptivos que, organizados acorde con la idea moderna del espacio y del tiempo, podrían configurar el recorrido de Fray Odorico. Sin embargo, el franciscano repite constantemente (y en este punto difieren las lecciones de los distintos manuscritos), cuánto se tarda de un sitio a otro; pero el lector no llega a tener más que una vaga noción espacio-temporal incluso si la distancia aparece medida en unidades de tiempo. Se trata de descripciones independientes entre sí, unidas por fórmulas convencionales: «De allí por muchas tierras pasando» o «de allí partiendo frey Odorico, andando camino a cabo de diez jornadas llevo a otro reino...», descripciones que siguen el modelo enciclopédico, en primer lugar, en segundo lugar el modelo poliano, más cercano. No hay ningún dato que corrobore la idea de un posible conocimiento por parte de Fray Odorico del *Libro de Marco Polo*. Sin embargo, el modelo de descripción geográfica viene de la época clásica que aconseja nombrar, en primer lugar, el sitio que se visita, dando informaciones acerca de la historia del topónimo y referirlo, siempre que fuera posible, a una referencia autorizada: «una gran çibdad la qual antiguamente es llamada Ponto y agora dice Trapesonda». Después, se habla del clima del lugar, de la abundancia o escasez de productos, nombrándose las cosas «exóticas» y explicándose sus características y su uso. Al tratarse de secuencias referidas al mundo oriental, la mención de las posibilidades de encontrar o no agua es importante; Marco Polo lo hace siempre, mientras que Odorico se descuida en este aspecto. Hay autores que muestran interés por la organización y el urbanismo de las ciudades que visitan. El fraile de Pordenone mantiene en todo el relato el mismo esquema: somera descripción geográfica, detalles sobre productos y

mercancías y, de manera más asidua, la descripción de las costumbres de las poblaciones que visita en los lugares descritos. La versión castellana omite casi todo lo referente a los productos y las mercancías; a cambio, introduce una especie de glosa moralizante acerca de los ritos y costumbres de las gentes del «mundo de las maravillas», glosa que bien pudiera pertenecer a nuestro traductor, probablemente un clérigo poco interesado en los detalles de tipo comercial, sobre todo en la primera parte del relato que comprende el viaje hasta la llegada a China. Fray Odorico estructura su relato sobre dos unidades culturales importantes: el milagro y la maravilla; los episodios que cuenta giran, por lo tanto, en torno a ellas. Tratándose de milagros, Odorico considera exclusivamente los producidos por la fe cristiana y, en primer lugar, relata la historia de los cuatro frailes menores martirizados en Tana. Por su amplitud (en nuestra versión aparece un resumen), podemos considerar los episodios del martirio como una narración de tipo hagiográfico que contiene además, los elementos propios a este subgénero medieval. El material que nos ofrecen las versiones cotejadas indica las modalidades de ampliación, el entramado interno, la forma en que se textualizaba una narración breve, en este caso, de contenido didáctico-religioso. No hay ninguna duda acerca de la veracidad del relato; es interesante observar, sin embargo, cómo un episodio real contado y difundido, a pesar de mantener sus ejes fundamentales, se convierte poco a poco en una pequeña narración. En la versión castellana, versión abreviada del relato, mencionamos la viveza de las escenas y el buen manejo del estilo directo. Sorprende, en cambio, la ausencia de las alusiones a los milagros atribuidos a los mártires, hecho importante si se tiene en cuenta la supuesta condición de religioso de nuestro traductor. Las versiones impresas de la rama del «Memoriale» omiten por completo la «historia» que, posiblemente, ya no fuera del gusto del público renacentista. En su recorrido por las tierras extrañas de Oriente, Fray Odorico observa las costumbres religiosas de los pueblos visitados, costumbres muy diferentes de las nuestras que permiten e incluyen entre los ritos y ceremonias religiosas (en la mayoría de los casos) el sacrificio humano voluntario. Se nos cuenta sobre el ídolo mitad buey mitad hombre en cuyas procesiones los fieles se arrancan pedazos de carne del cuerpo echándolos como ofrenda al dios; en las mismas, ve gente que se echa al suelo para que el carro triunfal del ídolo les pase por encima. Cuenta también sobre el rito hindú «sati» de quemar a la viuda junto con el esposo muerto, en la misma pira funeraria. Se maravilla ante los ídolos de oro macizo cuyos templos son también de oro y plata y a los que se les ofrece piedras preciosas como regalo. Es interesante observar que Fray Odorico, al aludir a los ritos y ceremonias de los antropófagos que realizan banquetes fúnebres donde se comen los cadáveres de sus familiares después de haberles ayudado a morir, no puede contener su

disgusto e intenta una reprimenda: «E como aquel freire les reprehendiese diciendo que era una gran abominacion, ca si un can fuese muerto ningunt otro can del comería, mucho menos los omes razonables devian comer...» (fol. 111r.). En general se abstiene de hacer comentarios acerca de la multitud de ritos de sacrificio humano que presencia. Tampoco, una vez llegado a China, toma postura ante los ritos de tipo animista a los que asiste en un monasterio budista. En la corte del Gran Khan convive con monjes nestorianos, con monjes budistas y con «moros» (como los llama nuestro traductor), sin mencionar ningún tipo de disputa religiosa. En este aspecto, tanto Juan de Plancarpinus como Guillermo de Rubruck se habían mostrado mucho más atrevidos, especialmente el último, que entabla una disputa teológica en Karakorum con los nestorianos, los sarracenos y los tuinas, acerca de la verdadera fe. Fray Guillermo no escatima palabras para pintar un negro retrato de los «herejes» nestorianos a los que encuentra a lo largo de todo su camino y, sobre todo, asentados sólidamente en la corte del Khan. Al final del recorrido, Odorico cuenta sobre el «poder exorcizador» de los frailes menores, pintando una escena pintoresca en la cual el diablo hostigado y condenado a la hoguera se da por vencido. Se trata en realidad de la forma en que, algunas veces, tenían que actuar los misioneros para cumplir con su misión de convertir a los idólatras. No podemos por menos, no recordar lo que cuenta Fray Guillermo acerca de un intento suyo de conversión: «El día de Pentecostés vino a vernos un sarraceno [...] nos dijo que quería ser bautizado; y cuando nos disponíamos a bautizarlo, saltó de repente sobre su caballo diciendo que regresaba a su casa para pedir consejo a su mujer» (T'Serstevens, ed., *Los Precursores de Marco Polo*, 1986, p. 206). Finalmente, en la misma línea didáctico-religiosa hay en el relato de Odorico una secuencia que ha dado lugar a varias interpretaciones. Se trata del episodio del Valle Peligroso, que algunos estudiosos consideran una referencia geográfica más e intentan localizarlo espacialmente. Este episodio figura, con más o menos detalle, en todas las versiones consultadas; creemos que se puede hablar de la inserción en el relato de un cuadro intertextual medieval, del tópico del viaje al mundo del más allá, propio de la literatura de las visiones. Fray Odorico da cuenta de sensaciones auditivas, horribles y suaves a la vez, fenómeno experimentado también por otros varios viajeros, por Marco Polo en el Desierto de Lop o por Guillermo de Rubruck en un determinado desfiladero de Asia Central: «La noche del segundo domingo de Adviento, pasábamos por un lugar entre unas rocas impresionantes y nuestro guía me pidió pronunciara unas palabras santas para ahuyentar a los demonios, porque en este desfiladero los demonios tenían la costumbre de raptar súbitamente a los hombres sin que se supiera cómo había ocurrido» (*Los Precursores...*, 1986, p. 232). La descripción que hace el veneciano de los extraños fenómenos que,

tanto de día como de noche, se dan en el desierto de Lop, se acercan a cierto tipo de detalles del Valle Peligroso, visitado por Odorico. Cuenta Marco Polo: «Muchos hombres han oído las voces de estos espíritus; y otras veces se escucha resonar en el aire el sonido de gran número de instrumentos musicales, sobre todo tambores, así como el entrechocarse de las armas». Creemos que, a pesar de la similitud de las imágenes se trata de una secuencia tópica, de una visión propia de la literatura alegórico-religiosa, secuencia que cerraría de una manera simbólica, iniciática (puesto que Fray Odorico entra en el Valle Peligroso, es tentado en el Monte de Plata, resiste y, gracias al Verbo Divino, logra salir), un viaje real, plagado de elementos maravillosos, de ídólatras con costumbres y ritos abominables, de cosas extrañas, de ciudades encantadas que tienen palacios enteros de oro y plata. Quizá, a la vuelta del viaje, una vez contado éste, a Fray Odorico le pareciera su historia un tanto frívola, invitadora a la aventura en busca de un mundo de maravillas, lleno de facilidades, muy próximo tal vez al Paraíso Terrenal. Como religioso que es, Fray Odorico tiene el deber de presentar también la otra cara de la moneda, tiene que recordar al ser pecador la presencia del demonio y de la muerte, la necesidad del arrepentimiento y de la fe en la palabra de Dios. El relato de viajes del monje de Pordenone oscila entre la presentación del espacio pagano, exuberante de maravillas y el recuerdo de lo sagrado cristiano presente siempre en la mente de cualquier hombre medieval. Por otra parte, bien es posible que quisiera dar una dimensión existencial, mística a su viaje, combinando el relato de viaje con elementos narrativos puramente religiosos. Se puede avanzar también la hipótesis de un añadido tardío, de índole apologética; sin embargo, todas las versiones cotejadas contienen este episodio, por lo tanto, si no hubiesen pertenecido al relato original se trataría de una interpolación de los primeros copistas que lo han textualizado, esto es, Guillermo de Solagna y Enrique de Glatz.

La imagen del Valle Peligroso, secuencia colocada inmediatamente después de la historia del Viejo de la Montaña y, en nuestra versión, después también de la carta apócrifa de Preste Juan, provoca una ruptura en la estructura sintáctica del relato, puesto que rompe, a nivel semántico, el encanto de las tierras lejanas y anuncia el retorno a la realidad de la muerte. La descripción del «valle» contiene varios elementos de carácter mágico-maravilloso, tópicos que circulan en la literatura de las visiones y de los viajes al mundo del más allá. El interés que presenta el episodio, relacionado ahora directamente con los intentos de conocer el mundo de los muertos, nos lo pone de relieve Juan de Mandevilla que retoma la secuencia de Odorico, aumentándola considerablemente. Fray Odorico nos presenta el Valle Peligroso como un espacio encantado-mágico, mientras que el autor del *Libro de las Maravillas* cree estar ante una de las entradas al infierno,

sitio poblado de diablos sobre los cuales parece reinar la cabeza gigante rodeada de fuego y llamas: «En medio del valle, encima de una roca, hay una cabeza que tiene la vista muy espantable de mirar; y no parece de alto, sino la cabeza fasta la espalda mas no hay ningún hombre tan osado que no haya miedo cuando la mira [...] y tiene los ojos móviles y centelleantes y muda muy a menudo su manera y continente [...] y lanza de sí fuego y fumo e tanto de mal olor que apenas ningún hombre lo podría sufrir.» Juan de Mandevilla, el presunto viajero, y sus compañeros, después de oír misa, confesarse y comulgar se adentran por el valle, pero de esta aventura no se nos cuenta nada concreto. Sólo sabemos que a la salida se dan cuenta que han perdido algunos de ellos: «E aquellos que perdimos eran dos griegos y tres españoles». El relato de Odorico nos presenta una aventura de iniciación personal, aventura que, en el relato de Mandevilla, se convierte, por el procedimiento de la aumentación de los elementos extraordinarios, en una aventura colectiva, organizada y dirigida por unos frailes menores. Aumenta también el número de peligros y trampas que encierra el valle y se amplifica con detalles la descripción del mundo infernal. Desaparece, en cambio, la sensación auditiva que provoca la inquietud «maravillosa» de los demás viajeros.

El viaje del fraile franciscano se desarrolla mediante la presentación de una serie de cuadros de maravillas y, a pesar de la brevedad del relato, se logran aglutinar casi todos los motivos mítico-literarios importantes, relacionados con el Oriente. Fray Odorico emprende su aventura de descubrimiento y viaja tanto por tierra como por mar, elementos éste hostil para el hombre occidental desconocedor de los peligros del mar Océano. Allí, son frecuentes las embarcaciones llamadas «jassi» que no tienen clavos y se sujetan sólo con cuerdas de fibra de coco, embarcaciones frágiles según Marco Polo; la explicación de esta costumbre se encuentra en un cuento de las *Mil y Una Noches* que habla de un monte cuya fuerza magnética atrae todos los objetos de hierro y provoca el desmoronamiento de cualquier construcción y el naufragio de los barcos. El mar, como elemento de la naturaleza, apenas se vislumbra en el relato de Odorico, pues no era costumbre del hombre medieval describir el mundo que le rodea; sin embargo, alude al mar Océano, mar cargado de significaciones simbólicas, leyendas y mitos. El Océano Índico, según la visión ptolomeica, se consideraba un Océano cerrado y aparecía en los mapas como un río, el río circular Océano, lleno de islas encantadas donde habitan poblaciones extrañas, poseedoras de grandes riquezas en oro, perlas y piedras preciosas. La idea de la isla, poco precisa en el relato, puesto que Odorico no delimita siempre las características de la tierra que visita se amplifica en Juan de Mandevilla que salta de «isla» en «isla» cumpliendo de esta forma con las normas de un viaje «maravilloso». En la secuencia dedicada a la tierra llamada Paten que «tiene muchas islas», el fraile

de Pordenone cuenta cómo el mar «corre contra el mediodía» provocando desastres y muertes entre los navegantes no avisados. Se trata del «Mar Muerto» o del Mar de los Muertos (según otras versiones), un espacio inquietante donde se producen fenómenos extraños, mágicos. Este motivo aparece también en el relato de Marco Polo, que habla de una zona parecida, gobernada por un monte, zona donde el mar corre de manera distinta y de donde ningún barco haya salido jamás. No hay datos concretos sobre la realidad geográfica de este espacio; creemos que es una versión marina del «Valle Peligroso», puesto que el hombre medieval necesitaba situar junto al Paraíso o a espacios que recordaran la imagen del Paraíso, otros donde acecha la muerte, posibles caminos que llevan al otro mundo. La tierra de Paten, con sus islas, es la tierra del árbol de harina, la de las piedras preciosas que hacen inmortal al ser humano que las lleve insertadas en la piel, la tierra del veneno más poderoso del mundo. Por lo tanto, no es de extrañar que fuera bañada por el «Mar Muerto» que aumenta el valor de la imagen paradisíaca que ofrece la zona al viajero. Éste, aparte de mencionar constantemente los árboles que producen vino y miel, árboles «maravillosos», apenas se detiene en mirar y describir la naturaleza exuberante que le rodea. El sentimiento de la naturaleza, así como el de la soledad aparecen en la época moderna, a partir del Renacimiento. Únicamente Jourdain de Séverac se muestra más interesado en dar algunos detalles relacionados con la naturaleza (árboles, flores, fruta, pájaros); los demás viajeros describen un espacio más bien mineral; montes, ríos, superficies cubiertas de piedras preciosas que aparecen en todo su esplendor y a veces con sus características y poderes, según las normas de los lapidarios.

Llegado a China, Fray Odorico se muestra interesado en la organización urbanística de las grandes ciudades: nos describe calles, da detalles sobre las casas y los puentes, pero, ante todo, cuenta sobre las «maravillas» del palacio del Gran Khan, que aparece edificado conforme al motivo del «palacio oriental». Se trata de palacios de oro y plata, magníficamente decorados, cargados de objetos de valor y de valiosas piedras. Aumenta su encanto la existencia de ciertos artefactos como la famosa «piña» o los «pavones» mecánicos, artefactos sin embargo, bastante comunes ya en la época. Tanto Marco Polo como Odorico dan sobrados detalles acerca del Monte Verde, una maravilla del ingenio y el esfuerzo humanos. Pero ninguno de los dos se siente impresionado por la grandeza del paisaje chino, por los ríos, los arrozales, o por la fortaleza montañosa del Tibet. La naturaleza interesa solamente en su aspecto mineral, desde los montes de sal hasta los de diamantes. A cambio, muestran un constante interés por la vida y las costumbres de las poblaciones que encuentran en su camino. Los retratos que dan de las gentes «de las orientales partes» obedecen también a determinados modelos; por lo tanto, presentan el aspecto físico de las poblaciones visitadas, sus

costumbres vestimentarias, las costumbres religiosas, especialmente las funerarias y sus ocupaciones. Odorico nos habla, al comienzo de su relato de la tierra donde los hombres viejos son «fermosos», donde hilan los hombres y no las mujeres; nos habla de Caldea y de los preciosos adornos que llevan allí los hombres y de la fealdad y la pobreza vestimentaria de sus mujeres que, a pesar de ello, saben requerirlos de amores. Una vez llegado a la India el fraile de Pordenone hace hincapié en la desnudez total o casi total de las gentes que allí encuentra; en este aspecto, observamos la mezcla de la idea generadora del mito del «salvaje», de la desnudez paradisíaca e inocente del primer hombre, con la imagen directa de una realidad, poco diferente de la contenida en los escritos de las autoridades. Sin embargo, llegado a estas islas paradisíacas, donde reina la abundancia, donde hay especias y piedras preciosas, donde la gente se pasea desnuda y exhibe una sexualidad desbordante, Fray Odorico, por mucho que aquello le recuerde «familiares» imágenes, no deja de protestar en contra de ciertas ceremonias y ritos tradicionales. Le llaman la atención sobremanera los ritos funerarios de tipo antropofágico, ritos de naturaleza mítico-religiosa que contrastan notablemente con la imagen del Paraíso Terrenal. Se crean, pues, espacios narrativos en que el elemento maravilloso se contrasta con el juicio realista del viajero; algunas veces, todos hacen concesiones a la palabra de las «autoridades», hablándonos, por ejemplo, de los hombres con cabeza de perro, los famosos cinocéfalos. En esta línea, Juan de Mandevilla amplifica la lista de seres «distintos», utilizando para ello la mayoría de los tópicos que circulaban en la época.

En cuanto al mundo de los animales, el relato de Odorico apenas cuenta nada; aparte de los ansares de dos cabezas, las demás descripciones se mantienen en la línea del realismo, por muy extravagante que le pudieran parecer al lector unas «gallinas con lana». La excepción es la descripción del árbol cuyos frutos (melones o calabazas) contienen un cordero. Se trata de un motivo vegetal-humano que empieza a circular como motivo del fruto animal o del «árbol de las ocas», y llega a convertirse en el motivo del árbol que produce seres humanos o el «wak-wak», árbol que aparece en el *Libro* de Mandevilla.

El relato de Fray Odorico, comprende por todo lo que hemos comentado los ingredientes necesarios para la fabricación de un «espacio de las maravillas», tanto de tipo humano como vegetal, animal y, sobre todo, mineral. El mundo que aprecia nuestro viajero, como otros tantos, es el mundo organizado de las magníficas construcciones en oro y plata, decoradas con piedras preciosas, mundo que, de alguna manera, se opone al exuberante «mundo salvaje» de las islas paradisíacas. La China que visita Fray Odorico es un espacio edificado por el ser humano, un espacio poblado y civilizado que contrasta fuertemente con el

caos, la falta de normas de las islas del mar Océano, que insinúan la existencia de un «mundo al revés», del mundo extraño de las antípodas. Odorico rechaza, sin embargo, este mundo encantado contrastándolo con la perfecta organización del imperio mongol. Tanto Marco Polo, como el fraile de Pordenone alternan, en sus relatos, actividades de mitificación y desmitificación del mundo de Oriente, dejando al público medieval una vía abierta para la creación de un «mundo de maravillas imaginarias», un mundo que, exento de cualquier rasgo realista, viviera igual que el de las hadas, a través de las escrituras, en un libro de cuentos o, como en nuestro caso, en un *Libro de las Maravillas*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Manuscritos citados

- HAKLUYT, R. (1599): *The second vol. of the princ. Navigations, etc.*, London (ed. int. e ver. ingl.), *Hak*.
- CIVEZZA (da), M. (1859): *Storia Universale delle Missioni Francescane*, v. III, Roma (ed. int.), *Civ*.
- YULE, H. (1866): *Cathay and the way thither, etc.*, London (ed. int. e vers. ingl.).
- RAMUSIO, G. B.: *Il secondo libro delle navegationi et viaggi, etc.*, Venezia, ed. 2.^a (1574), 3.^a (1583) y 4.^a (1606), con 2 textos odor.
- VENNI, G. (1761): *Elogio Storico alle gesta del B. Odorico, etc.*, Venezia (ed. int.), *Ven*.
- DOMENICHELLI, T.: *Sopra la vita e i viaggi, cit.*, y reed. facs., Pordenone (ed. int.), *Marc*.
- Biblioteca de Cataluña, 490, *Cat*.

Libros de viajes. Textos

JACQUES DE VITRY

1986 *Historia Orientalis*, ed. C. Buridant. Paris.

LIBRO

1885 — *de los fechos et conquistas del Principado de la Morea, Chronique de Morée aus XIII et XIV siècles*, ed. Morel-Fatio. Génève.

MANDEVILLE, J. de

1953 *Mandeville's Travels*. London.

1964 *The Travels of sir John Mandeville*. New York.

ODORICO DE PORDENONE

1891 *En Recueil de voyages et de documents pour servir à l'histoire de la Géographie*, ed. H. Cordier. Paris.

1986 *De rebus incognites del 1513.*

1987 *Relación de viaje*, ed. N. Guglielmi. Buenos Aires.

POLO, Marco

1824 *En Recueil de voyages et de mémoires publiés par la Société de Géographie.*
Paris.

1928 *Il Milione*, ed. L. F. Benedetto. Firenze.

1958 *Viatges de Marco Polo*, versió catalana del segle XV. Barcelona.

1980 *Libro de Marco Polo*, versión aragonesa de Fernández de Heredia, ed.
J. Nitti.

1983 *Viajes*. Akal. Madrid.